

Capítulo 1

DESDE EL INFIERNO

Whitechapel, Londres, a 16 de octubre de 1.888

Estimado Sr. Frederick George Abberline, Inspector Jefe de la Policía Metropolitana de Londres:

Con la venia de Su Graciosa Majestad, la Reina Victoria del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, a quien Dios guarde muchos años, me dirijo a vos con mis respetos para vuestra persona y vuestro departamento, haciéndoos saber que me es grato escribiros esta misiva con el objeto de dar cuenta de las últimas nuevas que se están produciendo en el caso que nos ocupa, que no es otro que la caza de Jack el Destripador, ese terrible asesino que está sembrando el pánico en Londres, y muy especialmente en nuestro distrito.

Tal y como os vengo informando puntualmente desde hace más de un mes, cuando como bien sabéis, un grupo de voluntarios con mejores intenciones que conocimientos, todos vecinos del barrio, incluido un servidor, nos vimos obligados a formar el Comité de Vigilancia de Whitechapel, a raíz de los execrables crímenes que han causado tanto espanto a la población del East End, debo trasladaros en primer lugar mi profunda preocupación por la presión a la que nos estamos viendo sometidos todos y cada uno de los miembros de la comunidad judía. Como sin duda conocéis, desde el asesinato de la desdichada Catherine Eddowes, y la pintada que alguien hizo en la escena del crimen en la que se acusaba a los judíos, a pesar de que vuestro superior de Scotland Yard, Charles Warren hizo limpiar inmediatamente la ignominia, nos sentimos más amenazados que nunca, por

lo que os ruego extreméis las medidas para mantener nuestra seguridad, cosa por la que velaréis, no lo dudo.

En segundo lugar, informaros que seguimos vigilando y rondando las calles, muy especialmente las noches de los fines de semana, en las que hasta ahora se han perpetrado la mayoría de crímenes, aunque lamentablemente sin ningún resultado por el momento. Permitidme que aproveche esta carta para ensalzar el valor de mis hombres, sabiendo como sabemos de la abyección y depravación de ese monstruo que más pronto o más tarde va a ser arrestado, con la ayuda de Dios; nada me placería más. Os solicito además que me facilitéis más porras y silbatos, pues cada vez cuento con más voluntarios, por fortuna, y como comprenderéis los medios con los que contamos no son los más adecuados.

Debo deciros también que la solicitud que cursé al Sr. Ministro de Interior, Sir Henry Matthews, por la que humildemente pedía autorización para recompensar a cualquiera que pudiera proporcionar información útil sobre el caso, ha sido en vano, pues Su Excelencia estima que ello sólo serviría como acicate a la codicia de gente desaprensiva, induciéndola a formular denuncias basadas sólo en presunciones o especulaciones, extremo que a la larga aparejaría más mal que bien. Os suplico ayuda en esta empresa pues entiendo que será más tenida en cuenta la voz del Inspector Jefe de la Policía Metropolitana de Londres en las altas esferas del gobierno que la de quien suscribe estas palabras.

Creo que también debéis conocer una de las últimas medidas que hemos adoptado, la contratación de varios detectives privados, a los que pagamos con el fondo que el comité ha creado con aportaciones de todos los miembros. Pues bien, desde la semana pasada contamos con los

servicios de varios investigadores, como os decía; entre ellos, el reputado Charles Legrand y John Batchelor, a quien seguramente conocéis bien, pues estuvo a vuestro cargo anteriormente.

Por último, os pido perdón por dejar para el final lo más importante, ya que tenía que comunicaros los aspectos anteriores y me temía que después de contaros esto, no tuviera ya gran importancia lo demás. Debo transmitir mi turbación por el mensaje y el paquete que he recibido hace tan solo unas horas y que reconozco me ha helado la sangre, por cuanto es una novedad dentro de las pistas que venimos investigando infatigablemente durante todo este tiempo. Una novedad maligna, os advierto. Os hago llegar ambos, acompañados de esta carta a través de mi buen ayudante Albert Backert, ya que yo debo atender mi negocio de construcción, tan desatendido en los últimos tiempos.

Lo he recibido todo a través del servicio postal. El paquete es una caja de cartón que contiene una víscera, parece un trozo de riñón, y así lo asegura el infame remitente. Viene metido en un frasco de un líquido que bien parece glicerina. El mensaje se trata de una carta escrita con mala caligrafía. Me he tomado la libertad de transcribirla aquí por si no se alcanza a comprender bien la letra, de hecho, yo he necesitado ayuda por parte de los demás miembros del comité. A continuación escribo su contenido, que Dios se apiade de nosotros:

“Desde el infierno.

Mr. Lusk:

Señor, os envió la mitad del riñón que extirpé a una mujer, lo he guardado para vos. El otro trozo lo freí y me lo comí, fue muy agradable.

Quizá os envíe el ensangrentado cuchillo con el que lo extraje, si sólo aguardáis un poco más.

Atrapadme si podéis, Míster Lusk.”

Mr. Abberline, tengo que confesar que este envío me ha estremecido, no es como las otras cartas que habíamos recibido de bravucones o periodistas deseosos de crear noticias. Sin duda investigaréis los detalles y confío en que me mantengáis informado. Puede que no sea más que otra broma de mal gusto, pero a un servidor esto le parece obra del mismo diablo.

Afectuosamente, George Akin Lusk, Presidente del Comité de Vigilancia de Whitechapel.